

Golpes de gracia

Joxemari Iturralde

«Libre de adjetivos innecesarios y ajeno a todo alarde retórico, el estilo de Iturralde es seco y directo como un punch de izquierda. El libro, aunque concebido como una novela, tiene también mucho de crónica histórica o periodística.»

Ignacio Martínez de Pisón



INCLUYE E-BOOK

Golpes de gracia

Joxemari Iturralde

Golpes de gracia

Joxemari Iturralde

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

MALASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Prólogo

Tras la muerte de Franco, las principales iniciativas para la renovación de la literatura en lengua vasca orbitaban en torno a una revista llamada *Pott*. Aunque modesta y de efímera existencia, la revista dio nombre a la Banda Pott, un grupo de jóvenes escritores sin los que difícilmente podría entenderse el posterior florecimiento de la literatura euskalduna. El núcleo principal de aquella cuadrilla de amigos estaba integrado por Bernardo Atxaga, Joseba Sarrionandia, Jon Juaristi, Ruper Ordorika, Manu Ertzilla y Joxemari Iturralde.

Han pasado casi cuarenta años desde entonces, tiempo más que suficiente para hacer un balance provisional de los muy diferentes destinos que la vida tenía reservados a cada uno de sus miembros. Bernardo Atxaga, seudónimo de Joseba Irazu, no necesita presentación: desde la publicación de *Obabakoak* en 1988, es considerado el más universal de los escritores vascos. Joseba Sarrionandia, también conocido como Sarri, protagonizó una famosa fuga de la cárcel de Martutene (donde cumplía condena por pertenencia a ETA) y, aunque permanece en paradero desconocido desde 1985, ha seguido publicando con regularidad. Jon Juaristi inició tempranamente una evolución política que (como sabrá cualquiera que haya leído *El bucle melancólico*, acaso su ensayo más celebrado) lo llevaría a convertirse en auténtico azote del nacionalismo vasco. Ruper Ordorika, consolidado enseguida como uno de los principales cantautores vascos, ha grabado una veintena de discos. Por su parte, Manu Ert-

zilla, con un ritmo de producción más pausado, ha publicado dos poemarios y dos novelas.

El miembro restante de grupo es el tolosarra Joxemari Iturralde, también conocido como Jimu. Autor casi secreto fuera del País Vasco, es sin embargo uno de los grandes de la literatura en euskera. Viajero impenitente, en ocasiones se ha valido de sus propias novelas para trasladarse en el tiempo y el espacio. En *Euliak ez dira argazkietan azaltzen* (*Las moscas no salen en las fotos*, 2003) iba y venía entre un Londres y un Bilbao envueltas en una atmósfera de novela negra. En *Hyde Park-eko hizlaria* (*El orador de Hyde Park*, 2010) se establecía nuevamente en Londres para escuchar las viejas historias de un exiliado vasco. En *Vida del auténtico Andy Bengoa* (2010), el único de sus libros escrito en castellano, rastreaba las andanzas por medio mundo de un aventurero norteamericano de raíces vascas. Y en *Ilargi horia* (*Luna amarilla*, 2012) viajaría al protectorado español de Marruecos y a los paisajes desolados del Desastre de Annual...

Su novela *Golpes de gracia* (que en vasco se titula *Perlak, kolpeak, musuak, traizioak*, es decir, *Perlas, golpes, besos, traiciones*) es también un libro viajero. De Guipúzcoa al mundo: siguiendo la pista de los boxeadores Paulino Uzcudun e Isidoro Gaztañaga, el lector conocerá multitud de escenarios repartidos por Europa y América. Uzcudun y Gaztañaga nacieron respectivamente en Régil y en Ibarra, localidades ambas próximas a Tolosa. La antigua capital guipuzcoana se erige en centro de un pequeño universo que por circunstancias diversas (la seducción de la *bonne vie* parisina, los circuitos deportivos internacionales, la experiencia del exilio) acaba ampliando su perímetro hasta abarcar continentes enteros. En el centro de ese pequeño universo tolosano están los viejos amigos del club GU, patrocinadores primero de los dos púgiles, testigos después de sus caprichos y arbitrariedades, víctimas finalmente de no pocos desmanes.

El viaje de la novela no es sólo geográfico sino también existen-

cial, el itinerario de dos mocetones condenados desde el principio al fracaso. El diccionario de la Real Academia define *golpe de gracia* como «revés que completa la desgracia o la ruina de alguien o de algo». En la mejor tradición de la literatura de boxeadores (es decir, de perdedores), Uzcudun y Gaztañaga se pasan la vida dando puñetazos en el ring, ignorantes del momento en que les llegará el golpe que complete su desgracia y su ruina. Cada uno, por supuesto, fracasará a su manera, y entretanto sus historias particulares irán siendo invadidas por la Historia con mayúscula, la convulsa historia de España de los años treinta, con episodios como el engaño del estraperlo, la alarmante consolidación de la Falange, el estallido de la Guerra Civil con su secuela de sangre y barbarie...

En ese largo viaje existencial, las vidas de Uzcudun y Gaztañaga se cruzan una y otra vez sin llegar nunca a anudarse. Amigos durante un tiempo, irreconciliables rivales después, están destinados a enfrentarse en un combate definitivo. Pero ese mismo destino que se obstina en emplazarlos se obstina también en aplazarlos. El esperado combate de más que previsibles efectos catárticos queda siempre para más adelante: podría decirse, en el argot de los guionistas, que la narración progresa por una «tensión pugilística no resuelta». La estructura de *Golpes de gracia* tiene algo de la de *Los duelistas*, sólo que al revés. Si en el clásico de Joseph Conrad dos militares se enfrentan una y otra vez para reparar un leve y lejano asunto de honor, en la novela de Iturralde los dos boxeadores acumulan en cada uno de sus encuentros nuevos motivos para una pelea que ineludiblemente acabará quedando para mejor ocasión. Los dos antagonistas, entretanto, se vigilan a distancia, se admiran, se envidian, se detestan... Cada uno de ellos, en definitiva, se erige en indispensable referencia vital para el otro porque ninguno de los dos sería el que es si no fuera por su enemigo íntimo.

Libre de adjetivos innecesarios y ajeno a todo alarde retórico, el estilo de Iturralde es seco y directo como un *punch* de izquierda. El libro, aunque concebido como una novela, tiene también mucho

de crónica histórica o periodística. Algunos de los personajes secundarios (como los miembros del grupo GU) aparecen ocultos detrás de nombres supuestos, pero por sus páginas transitan numerosos personajes reales con sus nombres auténticos, desde Ernest Hemingway hasta Lupe Vélez pasando por otras celebridades de la época, como Dolores del Río, Tina de Jarque, Clara Bow o Gary Cooper. Y, desde luego, tanto Paulino Uzcudun como Isidoro Gaztañaga fueron reales. A los profanos nos resulta menos familiar el nombre del segundo que el del primero, que siguió siendo legendario hasta su muerte en 1985. Una parte de su leyenda no podría calificarse de seductora: me refiero a su ardorosa adhesión a la Falange durante la Guerra Civil. Uzcudun participó en los preparativos para el rescate de José Antonio Primo de Rivera de la cárcel de Alicante y también, según algunos testimonios, en atroces represalias contra presos republicanos.

Conservo en la memoria la imagen del boxeador que en 1966 apareció en la película *Juquetes rotos* de Manuel Summers: un Uzcudun viejo, amargado, con aspecto de odiar el mundo entero para no tener que odiarse a sí mismo. Para hacer justicia al personaje conviene conocer también al joven que en algún momento fue, un muchacho de instintos primarios pero noble y sencillo, fiel a los suyos, entusiasmado por la perspectiva de abrirse camino en el mundo del boxeo. En el trayecto entre ese joven y ese viejo hay momentos en que, curiosamente, la narración de Iturralde se cruza con *Nevadako egunak* (*Días de Nevada*, 2014), el libro donde Bernardo Atxaga, mientras recrea una larga estancia en la ciudad norteamericana de Reno, aprovecha para seguir una fugaz pista del púgil vasco. Del mismo modo que Iturralde nos recuerda otros combates americanos de Uzcudun, evoca Atxaga su paso por Reno, donde en 1931 peleó con Max Baer. Iturralde y Atxaga, guipuzcoanos ambos como los propios protagonistas de *Golpes de gracia*, son amigos desde los tiempos de la Banda Pott. Quién les iba a decir a ellos que, treinta y tantos años después de que los

reunieran las páginas de la revista *Pott*, iban a volver a hacerlo las páginas de sus dos novelas. Entre ellas, a través de la peculiar figura de Paulino Uzcudun se establece un fecundo diálogo sobre las grandezas y miserias del ser humano.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

1

Mireille

Mireille estaba sentada sobre las rodillas de uno de los muchachos. Siguiendo el compás de la melodía balanceaba su cuerpo a un lado y a otro de forma que el chico tuviera que abrazarla con fuerza por la cintura. Con una mano levantaba la copa de champán y con el otro brazo rodeaba el cuello del joven. En una esquina del bar había un pequeño estrado donde un hombre mayor de larga barba blanca arrancaba notas a un desvencijado acordeón. A su lado, un mozalbete encorvado y flaco como un alambre rasgueaba la guitarra y, debido quizás al alcohol ingerido, apretaba los ojos con sentimiento. La melodía se perdía a ratos entre el vocerío de la gente que abarrotaba el bar, y el ruido de las sillas al moverse y el entrecocar de los vasos hacían que la voz del viejo acordeonista se difuminara entre el humo del tabaco que ascendía hasta el techo.

La Joie de Brest, en pleno centro del mercado, rebosaba de gente a esas horas del amanecer. Era bar, pero también restaurante y *bal-musette*, uno de los más frecuentados de Les Halles. El trasiego en la entrada era incesante. Trabajadores del mercado que se tomaban un receso para premiarse con una copa de calvados tropezaban con juerguistas y alborotadores que, procedentes de alguna *boite de nuit*, se resistían a dar por finalizada la fiesta. Una larga barra servía de apoyo para los solitarios que buscaban la última copa. A un lado de la sala, sobre una tarima, estaban las mesas en las que unos desayunaban y otros sobrecenaban. Más a la izquierda estaba la zona de los bebedores y de los que se atrevían a bailar en la pequeña pista junto

a los músicos. Justo enfrente, al otro lado de la calle, se encontraba el no menos famoso Au Pied de Cochon, un bistró que también permanecía abierto toda la noche y con el que La Joie de Brest compartía clientela. Acodados a la barra, los bebedores de vino y cerveza miraban hacia los músicos mientras otros, sentados en grupo en torno a las mesas, daban buena cuenta de fuentes de mejillones y botellas de champán. Robustos transportistas, fulanas que descansaban o buscaban clientes, enérgicos carniceros con delantales salpicados de sangre, mujeres elegantes y señoritos de etiqueta recién llegados de alguna fiesta, pedigüeños que iban de mesa en mesa en busca de monedas para comprar alcohol.

Mireille apuró su copa de champán y con un movimiento brusco se desembarazó del muchacho sobre el que estaba sentada. Como impulsada por un resorte, dio un salto y se dirigió hacia la puerta.

—Por fin llegas. Pensábamos que hoy no ibas a venir.

Se colgó del cuello del recién llegado y le dio un sonoro beso. Luego le cogió de la mano y le arrastró con suavidad hacia las mesas de sus amigos.

—Hombre, Ladis, por fin apareces. Siéntate. He guardado para ti estas ostras. Y ahí tienes champán. Mireille, sírvele al doctor, que viene cansado.

El doctor Goiti atacó con entusiasmo la fuente de ostras. Su amigo Arcaute, sabiendo que era el manjar que más apreciaba, le había reservado media docena. Mireille llenó hasta el borde la copa de champán y se la acercó a los labios.

—Hoy me he retrasado bastante. He tenido que ayudar al doctor Bresson en un parto de última hora. Algo inesperado y bastante complicado. Me han llamado de urgencia al hospital Enfants Malades, y un colega y yo hemos tenido que ir corriendo en su ayuda.

—Bueno, ahora relájate, mi doctorcito, y toma otro trago.

Mireille estaba ya sentada sobre las rodillas de Goiti y le alborotaba el pelo con la mano al tiempo que lo apremiaba a beber champán.

Un borracho cayó pesadamente hacia atrás desde su taburete.

Una chica que pasaba a su lado lanzó un grito que nadie más oyó. El vigilante de la puerta y uno de los mozos lo arrastraron fuera del local sin contemplaciones.

—Vamos a bailar un rato. Tenía tantas ganas de que llegaras —Mireille le chupeteaba la oreja al doctor Goiti mientras éste daba cuenta de la última ostra y se limpiaba los labios con una servilleta.

—No, hoy no, que vengo muy cansado.

—Sí, por favor, mi doctorcito. Me apetece mucho. ¡Venga, a bailar!

—Bueno, pero sólo esta java y ya está.

Con el amanecer, el sol asomó vigoroso entre los tejados de París. Aquel día de finales de junio iba a ser tan caluroso como los anteriores. Fuera ya del barrio de Les Halles, Mireille y el doctor Goiti caminaban por las callejuelas cogidos de la cintura.

—Hoy no estoy para nada. No sabes el sueño que tengo. Estoy muerto.

Sin hacerle caso, Mireille le dio una briosa palmada en el trasero y, sonriendo, le guiñó un ojo. Luego continuaron caminando en silencio. Al llegar a la calle Bachaumont, el doctor Goiti se soltó del brazo de Mireille y entró en el Hotel La Savoie.

—Espérame aquí fuera—dijo.

Nada más verle entrar en el pequeño hall, el vigilante nocturno se dirigió a él:

—¡Doctor, doctor, ahí dentro tiene a un muchacho español esperándole! Lleva sin moverse desde que llegó, ayer al atardecer. Y se ha pasado ahí toda la noche.

Sin contestar, el doctor Goiti pasó a la sala de recepción, donde un robusto joven dormía en una butaca con la cabeza colgando. Trató de despertarlo con un suave zarandeo. Al poco rato volvió a la calle. Mireille fumaba un cigarrillo apoyada en un árbol que había junto a la entrada del garaje,

—Tienes que irte. Tengo visita.

— ¿Quién es? ¿Tu novia?

— Ya te dije que no tengo novia. Es un muchacho que ha llegado desde España, un conocido de mi pueblo. Hoy no puede ser. Ya nos veremos otro día.

Mireille, con gesto de enfado, lanzó el cigarrillo contra la puerta del garaje. Dio media vuelta sin decir nada y echó a andar a buen paso por el adoquinado de Bachaumont hasta que desapareció en el cruce con Montorgueil.